

Pobreza de tiempo

Araceli Damián*

*-ignoraba yo aún que el tiempo es oro-
cuánto tiempo perdí – ay – cuánto tiempo
Renato Leduc*

Aun cuando el tiempo es un recurso cuya disponibilidad (o carencia) afecta la calidad de vida, muy pocos trabajos lo han vinculado al análisis de la pobreza.

Existen dos métodos de medición de la pobreza que incluyen entre sus componentes al tiempo. El primero, desarrollado desde la perspectiva neoclásica por Clair Vickery (1977, “The Time-Poor: A New Look at Poverty”, *The Journal of Human Resources*, Vol. XII, núm. 1, Winter, Madison, The University of Wisconsin Press, pp. 27-48). El segundo, desarrollado desde la perspectiva de las necesidades humanas por Julio Boltvinik (Anexo metodológico, en *Pobreza y distribución del ingreso en México*, México, Siglo XXI Editores, 1999).

Vickery basa su propuesta en los postulados de Gary S. Becker sobre la teoría de la asignación del tiempo en los hogares. Becker criticó el enfoque dominante de la economía neoclásica que separaba tajantemente la producción del consumo, suponiendo que la primera ocurre en las empresas y el segundo en los hogares. Afirmó que un hogar es realmente una “pequeña fábrica” que combina bienes, materias primas y trabajo para limpiar, alimentar, procrear y producir bienes útiles. Al enfoque que incorpora este tipo de actividades le llamó del *ingreso total*. Con ello se reconoce que la maximización del bienestar por parte de los hogares está sujeta a restricciones, tanto de ingreso como de tiempo.

Vickery calcula una línea de pobreza (LP) que incluye la cantidad de dinero adicional que un hogar requeriría para pagar por trabajo doméstico si no cuenta con suficientes horas-adulto suficientes para realizarlo.

Más allá de las innumerables debilidades de este modelo (por ejemplo, supone que los hogares son una unidad en donde a todos sus miembros les preocupa el bienestar de los otros), lo que importa resaltar aquí es que mientras la teoría neoclásica concibe el tiempo como un recurso necesario para los hogares, la

forma dominante de medir la pobreza considera al ingreso como el único recurso para medirla.

Boltvinik identificó seis fuentes de bienestar de los hogares. Una de ellas es el *tiempo disponible para educación, recreación, descanso y tareas domésticas* (las otras cinco fuentes son: el ingreso corriente (monetario y no monetario); los derechos de acceso a servicios o bienes gubernamentales de carácter gratuito (o subsidiados); la propiedad, o derechos de uso, de activos que proporcionan servicios de consumo básico (patrimonio básico); los niveles educativos, las habilidades y destrezas; y la propiedad de activos no básicos, incluyendo la capacidad de endeudamiento del hogar)

Siguiendo a diversos teóricos de las necesidades humanas, Boltvinik establece que éstas son el elemento constitutivo del florecimiento humano. Sin embargo, reconoce que no es en este eje en el que se puede llevar a cabo el recorte para distinguir a los pobres de los no pobres sino en el del nivel de vida. Afirma que la diferencia entre ambos ejes consiste en que en el del florecimiento humano está el ser humano completo, con todas sus necesidades y capacidades, mientras que en el del nivel de vida están solamente los elementos económicos de dichas necesidades.

Plantea que el recorte no puede realizarse en el espacio conceptual de las necesidades sino en el de los satisfactores y distingue tres tipos: los bienes y servicios, las relaciones y las actividades. Ejemplifica que para algunas necesidades, como la de la alimentación, los satisfactores fundamentales son los bienes (alimentos); en cambio para las relaciones y las actividades el satisfactor fundamental es el tiempo.

Su Método de Medición Integrada de la Pobreza incluye el índice de exceso de tiempo de trabajo (ETT) que se construye considerando: 1) el tiempo dedicado al trabajo extradoméstico por todos los miembros del hogar en edad de trabajar (de 15 a 69 años); 2) los requerimientos de trabajo doméstico por parte de los miembros del hogar dependen del tamaño del hogar, la presencia de menores de hasta 10 años (y el acceso a servicios de cuidado de los mismos, como la escuela o guardería), y de la disponibilidad en el hogar de equipamiento ahorrador de

trabajo doméstico (refrigerador, lavadora, licuadora y vehículo de motor); 3) el tiempo necesario para el estudio; 4) las jornadas realizadas, en su caso, por trabajadores domésticos, y 5) y la presencia de incapacitados en el hogar.

A diferencia de Vickery, quien tenía como objetivo determinar el número máximo de horas que los miembros del hogar podían dedicar al trabajo doméstico, Boltvinik busca establecer la carencia de tiempo libre en el hogar. En su enfoque, la norma máxima de la suma de trabajo doméstico y extradoméstico por adulto es de 48 horas a la semana. Al descontar también el tiempo requerido para alimentación, sueño, aseo y cuidado personal, quedan 50 horas a la semana, de las cuales se podrían dedicar a tiempo libre y a otras actividades (transporte, trabajo comunitario, construcción de vivienda, etc.).

La realidad de nuestro país hace que gran parte de este tiempo se dedique al traslado (sobre todo en grandes ciudades) o bien a la enajenación televisiva ante la falta de recursos para otro tipo de actividades de esparcimiento (teatro, cine, deporte, etc.). En siguientes colaboraciones daré algunos datos sobre el tema.

*Profesora-Investigadora, El Colegio de México
adamian@colmex.mx